

vida. Mr. Dickson era sumamente aficionado á hablar; y no presumiendo que Corina, cuyo nombre ignoraba, y á quien tenia por Inglesa, se interesase de un modo especial en sus preguntas, comenzó á decir cuanto sabia del modo mas circunstanciado; y como deseaba dar gusto á Corina, cuyos favores excitaron su gratitud, fué indiscreto por divertirla.

Contóle como habia hecho saber á lord Nelvil que su padre se opuso anticipadamente al enlace que ahora queria contraer, y extractó la carta que le entregó, repitiendo muchas veces aquella palabra mortal para el corazon de Corina: *Su padre le prohibió ser esposo de esa Italiana; y si desatendiese á su voluntad, ofenderia su memoria.*

Mr. Dickson no se redujo á estas crueles palabras; afirmó ademas que Osvaldo amaba á Lucila, y Lucila le correspondia, añadiendo que lady Edgermond ansiaba aquella union, á la cual no se prestaba lord Nelvil por cierto compromiso en Italia. — ¡Cómo! dijo Corina, procurando ocultar la terrible turbacion de su alma, ¿presumis que únicamente por ese compromiso no es lord Nelvil esposo de miss Lucila Edgermond! — Estoy muy cierto, replicó Mr. Dickson, regocijándose de oír nuevas preguntas; hace tres dias vi á lord Nelvil, y aunque no me manifestó cuáles eran sus vínculos en Italia, me dijo estas mismas palabras, que yo he escrito á lady Edgermond: *Si fuese libre, daria mi mano á Lucila.* — ¡Si fuese libre! repitió Corina. —

Y en aquel momento se paró el coche delante de la puerta de la posada donde llevaba á Mr. Dickson. Quiso él darle gracias, y preguntarle dónde podria verla otra vez; mas Corina ya no le escuchaba: apretóle la mano sin acertar á responderle; y se ausentó sin decir una palabra. Era tarde; no obstante, quiso volver al sitio donde reposaban las cenizas de su padre: la turbacion de su ánimo le hacia mas precisa que nunca aquella sagrada peregrinacion.

CAPITULO IX

Ya estaba dos dias lady Edgermond en el palacio, y aquella misma noche tenia un gran baile en su casa: habianla suplicado todos sus vecinos, y todos sus vasallos, les permitiese reunirse para celebrar su llegada; y Lucila tambien lo habia deseado, quizá esperando que asistiese Osvaldo; en efecto, se hallaba ya allí cuando llegó Corina. Vió en la avenida muchos coches, y mandó parar algunos pasos ántes de entrar en ella el suyo; apeóse, y reconoció la mansion donde su padre le habia mostrado el mas tierno cariño. ¡Qué diferentes eran

aquellos tiempos, entónces á su parecer desgraciados, de su situacion actual. Así castigan en la vida las penas reales de las desazones de la imaginacion, dando á conocer la verdadera desgracia.

Mandó Corina preguntar por qué se hallaba iluminado el palacio, y quiénes eran las personas que en aquel momento habia dentro de él. Por casualidad el criado de Corina preguntó á uno de los que lord Nelvil habia recibido en Inglaterra, y Corina le oyó responder: *Lady Edgermond da hoy un baile; y lord Nelvil, mi amo, le ha empezado con miss Lucila, heredera de este palacio.* Estremeciósese Corina de aquellas palabras; pero no mudó de resolucion. Una curiosidad inquieta la arrastraba hácia los sitios, donde la amenazaba tanto dolor; hizo seña á sus criados de que se retirasen, y entró sola en el parque, que se hallaba abierto, y por donde permitia pasarse largo tiempo, sin ser conocida, la oscuridad. Eran las diez; y desde el principio del baile, danzaba Osvaldo con Lucila aquellas contradanzas inglesas que se empiezan de nuevo cinco ó seis veces en una noche; pero siempre danza el mismo hombre con la misma mujer, y en esta diversion reina á veces la mayor gravedad.

Danzaba Lucila con nobleza; pero de un modo nada vivo: el mismo cariño que la dominaba, hacia mayor su seriedad natural, y como todos los vecinos del palacio tenian curiosidad de saber si amaba á lord Nelvil, mirábanla con mas atencion que solian,

lo cual la estorbaba levantar los ojos hácia Osvaldo; intimidándola de la manera que no veia ni oia cosa alguna. Aquella turbacion y aquella modestia enternecieron mucho á lord Nelvil en el primer instante; pero como su situacion era siempre la misma, comenzaba á cansarse, y comparaba aquella larga fila de hombres y mujeres, y aquella música uniforme, con la gracia vivísima de la música y danzas de Italia. Esta reflexion le hizo caer en una meditacion profunda, y Corina disfrutara todavía algunos momentos de felicidad, si hubiese podido penetrar los sentimientos de lord Nelvil. Pero la desventurada, que se sentia extraña en el suelo paterno, sola junto á aquel de quien esperó ser esposa, recorria sin objeto las oscuras alamedas de una morada que otro tiempo podia mirar como suya. Faltaba bajo su planta la tierra, y solo la mantenía, en vez de aliento, la agitacion misma de su pena; quizá pensaba encontrar á Osvaldo en el jardin, mas ¡ay! no sabia lo que deseaba.

Hallábase el palacio situado encima de una altura, á cuya falda corria un riachuelo: en una orilla habia muchos árboles; pero la otra solamente ofrecia áridas peñas cubiertas de maleza. Corina se encontró, siguiendo su camino, junto al riachuelo; y desde allí oyó á un tiempo mismo la música de la fiesta y el quieto murmullo de las aguas. El resplandor de las arañas del baile se repetía desde arriba en medio de las ondas, miéntras el reflejo de la luna

alumbraba solo los desiertos campos de la otra orilla. Diríase que en aquellos sitios, como en la tragedia de Hamlet, vagaban las sombras entorno del alcázar donde se daban los festines.

La infeliz Corina, sola, abandonada, no tenia que dar mas de un paso para sumirse en el eterno olvido. — ¡Ah! exclamó, si mañana cuando se pasee por estas riberas con la alegre tropa de sus amigos, tropezase su planta triunfante con las reliquias de su amada, un tiempo, ¿no sentiria una conmocion que me vengaria, un dolor parecido á lo que padezco? No, no, repuso, en la muerte no ha de buscarse la venganza sino el descanso. — Calló, y contempló de nuevo aquel riachuelo corriendo tan rápida y tan regularmente, aquella naturaleza tan bien ordenada, cuando el alma humana está toda llena de agitacion; y se acordó del día en que lord Nelvil se arrojó al mar para salvar á un anciano. — ¡Qué bueno era entonces! exclamó Corina; ¡ay! dijo deshaciéndose en llanto, ¡quizá lo es todavía! ¡He de acusarle porque padezco? acaso lo ignora, si me viera, quizá... — Y de repente determinó hacer llamar á lord Nelvil, en medio de la fiesta, y hablarle al momento. Volvió á subir hácia el palacio con la especie de esfuerzo que da una resolucion recien tomada, una resolucion que sucede á largas incertidumbres; pero al acercarse la sobrecogió tal temblor, que se vió precisada á sentarse en un banco de piedra delante de las ventanas. El tropel de los al-

deanos reunidos para ver bailar impidió que la descubriesen.

En el mismo instante salió lord Nelvil al balcon; respiró el ambiente fresco de la noche, y algunos rosales que allí habia le acordaron el perfume que Corina llevaba siempre, causándole una sensacion vivisima. Cansábale aquella funcion larga y pesada; acordóse del buen gusto de Corina para disponer una fiesta, de su inteligencia en todo lo perteneciente á las bellas artes, y conoció que solo en la vida regular y doméstica se figuraba por compañera, con gusto, á Lucila. Cuanto tocaba remotamente á la imaginacion ó á la poesia le renovaba la memoria de Corina, y excitaba su sentimiento. Mientras se hallaba en esta disposicion, se acercó á él uno de sus amigos, y hablaron los dos algunos instantes. Corina oyó entonces la voz de Olvaldo.

¡Inexplicable conmocion de la voz del objeto amado! ¡Mezcla confusa de enternecimiento y terror! porque hay sensaciones tan vivas, que nuestra pobre y flaca naturaleza se teme experimentándolas á sí misma.

Uno de los amigos de Osvaldo le dijo: — ¿No os parece precioso este baile? — Sí, respondió con distraccion; sí, en verdad, repitió suspirando. — Aquel suspiro y el acento melancólico de sus voz, causaron á Corina suma alegría: creyóse segura de hallar otra vez el corazon de Osvaldo, de hacerse oír de él, y levántanlose con precipitacion se llegó hácia un

criado de la casa para encargarle llamase á lord Nelvil. Si hubiese seguido aquel impulso. ¡cuán diferente hubiera sido su suerte y la de Osvaldo!

En aquel instante se acercó Lucila á la ventana, y viendo pasear en el jardín, por entre las sombras, una mujer vestida de blanco; pero sin adorno alguno de fiesta, se movió su curiosidad. Alargó la cabeza, y mirando con atencion, le pareció que veia las facciones de su hermana; mas como no dudaba de su muerte, hacia siete años, el temor de aquella vision la hizo caer desmayada. Todos acudieron á darle favor: Corina no halló ya al criado á quien queria hablar, y se retiró mas hácia la arboleda, temiendo la conociesen.

Volvió en sí Lucila, y no se atrevió á confesar la causa de su sobresalto; pero como desde niña habia su madre impreso con viveza en su ánimo todas las ideas religiosas, creyó se le aparecía la imágen de su hermana, caminando hácia el sepulcro de su padre, para respnderla por haberle olvidado; y mostrarle su yerro en recibir una fiesta en aquellos sitios, sin cumplir ántes una obligacion piadosa con sus cenizas respetadas. Al punto, pues, que Lucila pensó poder hacerlo sin nota, se salió del baile. Admiróse Corina de verla sola en el jardín, y discurrió que lord Nelvil no tardase en venir á acompañarla, presumiendo le habria pedido una conversacion secreta, para lograr de ella la licencia de manifestar á su madre sus deseos. Esta idea la dejó inmóvil;

pero muy presto advirtió que Lucila dirigia sus pasos hácia un bosquecillo donde sabia estaba el sepulcro levantado á su padre, y acusándose tambien por no haber comenzado llevando allí sus lágrimas y sus penas, siguió algo de léjos á su hermana, ocultándose á favor de los árboles y de la oscuridad. Divisó por fin á cierta distancia el sarcófago negro, alzado en el sitio donde se hallaban sepultadas las reliquias de lord Edgermond: y una sensacion profunda la obligó á detenerse y apoyarse en un árbol; Lucila tambien se paró al mismo tiempo, y se inclinó respetuosamente delante del sepulcro.

En aquel punto estuvo Corina próxima á descubrirse á su hermana, á reclamar de ella, en nombre de su padre, su distincion y su esposo; pero Lucila dió algunos pasos con precipitation para acercarse al monumento, y Corina sintió desfallecer su valor. Tiene el corazon de una mujer tanta timidez unida con la vehemencia de las pasiones, que la cosa mas leve la arrastra, y la cosa mas leve la hace detener. Pusóse Lucila de rodillas delante del sepulcro de su padre; apartó sus dorados cabellos, que mantenia juntos una guirnalda de flores, y alzó los ojos al cielo para orar con celestial mirada. Corina se hallaba detras de los árboles, y sin que pudieran verla veia con facilidad á su hermana, alumbrada suavemente de un rayo de luna; y se sintó sobrecogida de improviso de un enternecimiento puro y generoso. Miró aquella expresion de piedad tan cándida,

aquel semblante tan jóven, que aun se advertian en él las facciones de la niñez : recordó los días en que fué una madre para Lucila ; reflexionó sobre si misma ; pensó no distaba mucho de treinta años, del momento en que la juventud comienza á declinar, miéntras su hermana tenia á la vista un largo é ilimitado porvenir, un porvenir no turbado por ninguna memoria, por ninguna vida pasada de que fuese preciso dar cuenta á los demas ni á su propia conciencia. — Si me presento á Lucila, decia, si le hablo, su alma tierna conocerá al punto el dolor, y nunca tal vez recobrará la paz. ¡He padecido ya tanto ! sabré padecer mas ; pero la inocente Lucila pasará en un instante de la serenidad á la mas cruel agitacion ; y yo que la tuve en mis brazos y la dormí en mi seno ; ¡yo la precipitaria al mundo de las penas ! — Así reflexionaba Corina : y entre tanto el amor lidiaba cruelmente en su pecho con aquel sentimiento desinteresado, con aquella exaltacion del alma que la inclinaba á sacrificarse á sí misma.

Lucila dijo entónces en alta voz : — ¡Oh padre, rogad por mí ! — Oyólo Corina, y dejándose caer tambien de rodillas, pidió la bendicion paternal para las dos hermanas á un tiempo, y derramó lágrimas arrancadas de su corazon por sentimientos mas puros todavia que el amor. Lucila continuó su plegaria, y pronunció claramente estas voces : — Hermana mia, intercede por mí en el cielo ; me amaste niña, sigue pues protegiéndome. — ¡Ah ! ¡cuánto en-

terneció aquella plegaria á Corina ! Lucila, por fin, con voz llena de fervor, dijo : — Padre amado, perdonadme el instante de olvido de que fué causa un sentimiento ordenado por vos : no soy culpada por amar al que me nombrásteis para esposo ; pero acabad vuestra obra, y haced me escoja por compañera de su vida : no puedo ser dichosa sino con él ; mas nunca sabrá que le amo, nunca descubrirá su secreto este trémulo corazon. ¡Oh Dios mio ! ¡oh padre ! consolad á vuestra hija, y merezca el aprecio y el cariño de Osvaldo. — Sí, repitió Corina en voz baja, oidla, padre mio, y para vuestra otra hija una muerte dulce y sosegada.

Acabando este voto solemne, este esfuerzo, el mayor de que era capaz el alma de Corina, sacó del pecho la carta que contenia el anillo de Osvaldo, y se alejó velozmente. Bien conocia que si enviaba aquella carta, y dejaba ignorar á lord Nelvil su venida á Inglaterra, rompía sus lazos y daba Osvaldo á Lucila ; pero á la vista de aquel sepulcro, se le ofrecieron los obstáculos que la apartaban de él con mas fuerza que nunca, acordáronsele las palabras de Mr. Dickson : *su padre le prohibe hacer á esa Italiana su esposa*, y le pareció que el suyo se juntaba tambien con el de lord Nelvil, y la autoridad paterna toda entera se oponia á su amor. La inocencia de Lucila, su juventud, su candor exaltaban su fantasía, y al ménos por un instante se envanecia de

sacrificarse, porque Osvaldo viviese en paz con su patria, con su familia, y consigo mismo.

La música que se oía al llegar al palacio alentaba á Corina. Divisó á un pobre anciano ciego, sentado al pié de un árbol, y atento al estruendo de la fiesta : acercóse á él, y le pidió entregase la carta que ponía en sus manos, á un criado del castillo : así no se expuso siquiera á que lord Nelvil llegase á saber era una mujer quien la habia traído. En efecto, cualquiera que hubiese visto á Corina al entregar aquella carta, habria conocido que encerraba el destino de su vida. Sus miradas, su mano trémula, su voz majestuosa, todo anunciaba uno de aquellos momentos en que el destino se enseñoera de nosotros, en que el ser desventurado obra ya únicamente como esclavo de la fortuna que le persigue.

Corina miró de léjos al anciano, guiado por un perro fiel, vióle dar su carta á uno de los criados de lord Nelvil, que por casualidad traía otras para el palacio. Todas las circunstancias se reunían para no consentir la esperanza : dió algunos pasos todavía volviéndose á mirar como llegaba el criado á la puerta, y luego que cesó de verle, luego que se halló en el camino, luego que no oyó mas la música, y ni distinguió las luces del palacio, bañó su frente un sudor helado, asaltóla un temblor mortal, y aun quiso ir mas adelante ; pero no lo consintieron sus fuerzas, y cayó sin conocimiento en el camino.

LIBRO DÉCIMOCTAVO

LA MANSION EN FLORENCIA

CAPITULO I

El Conde de Erfeuil, despues de pasar algun tiempo en Suiza, y haberse cansado de la naturaleza en los Alpes, como se cansó de las bellas artes en Roma, sintió repentinamente deseos de ir á Inglaterra, donde le habian asegurado se hallaba la profundidad del entendimiento ; y se persuadió una mañana, al despertarse, de que aquello era lo que le hacia falta. No habiendo tenido este tercer ensayo mejor éxito que los dos primeros, se renovó de improviso su afecto á lord Nelvil, y diciendo tambien para sí una mañana, que sola la verdadera amistad hacia dichosos, partió para Escocia. Fué al punto á